

RECREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

PRECIOS.

MADRID.

Tres meses. 9 rs.
Seis id. 16 »
Un año. 30 »

PROVINCIAS.

Tres meses. 10 rs.
Seis id. 18 »
Un año. 34 »

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

IMPRENTA.

Independencia, 2, bajo, izquierda.



PRECIOS.

EXTRANJERO.

Tres meses. 22 rs.
Seis id. 38 »
Un año. 74 »

Francia. — Pueden hacerse las suscripciones enviando á esta Administración el importe en sellos franceses del correo. Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 100.

AMÉRICA.

Seis meses. 38 rs.
Un año. 70 »

FILIPINAS.

Seis meses. 60 rs.
Un año. 100 »

DIRECCION Y ADMINISTRACION.

Plaza de Celenque, 1, esquina á la del Arenal.

EL CASCABEL.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL, se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato.—Lo que fuere sonará.

COSAS DEL DIA.

Sigue el gran lío.

Topete se fué del ministerio y ha hecho muy bien.

El hombre se conoce que estaba ya hasta la punta del pelo de tantos desatinos como llevan hechos los señores que se han apoderado de la cosa pública.

Y lo que colea.

Topete no podía estar de acuerdo con el carácter que aquí han ido tomando las cosas políticas, y no había hecho él la revolución para que hubiese tantos desastres, tantos abusos, tal desbarajuste y tan deliciosa anarquía.

Topete no hizo seguramente la revolución para que hubiese esas manifestaciones pacíficas como la que hubo en Madrid contra el Nuncio y la famosa de Tarragona; no la hizo para que viniera á las Cortes un caballero particular á decir que no había Dios ni Virgen, y que no debía haber religión ninguna, ni para que se hiciesen empréstitos como los de los moderados, ni para que salieran de cada adoquin diez patriotas pidiendo empleo y sueldo, ni para que al cabo de catorce meses de desdichas se viniera á dar la corona de España... ¿á quién? ¿á un hombre? no, á un chico... á D. Tomás... y no digo más.

Topete ha hecho bien, y yo le felicito sinceramente.

En otra cosa ha hecho bien el señor Topete, y se ha distinguido de todos sus compañeros.

Brigadier era en Setiembre de 1868, antes de la revolución, y brigadier es ahora.

Recoja la indirecta quien pueda.

Topete hizo la revolución con el deseo y la intención de que la patria ganase en prosperidad y en grandeza, no para que se viera en la triste situación en que se vé.

Pues señor, confieso que yo estoy en el limbo, porque maldito si sé lo que pasa y lo que saben los demás periódicos, es decir, los periódicos genoveses que tienen una vista y un oído.—Dios se lo conserve,—que no hay mas que pedir.

Estos periódicos ven el gran entusiasmo producido en todas partes por la venida de la criatura, ó sea D. Tomás, oyen los elogios que se hacen de este gran rey, y contemplan en delicioso éxtasis la prosperidad que brota en todo el mundo y otros sitios, y la felicidad que se refleja en todos los semblantes, todo á causa del advenimiento al trono del sobrinillo del rey Victor Manuel.

Y yo, ¡infeliz de mí! no veo ni oigo nada de eso, y por mas que busco un ciudadano entusiasmado por el nuevo rey, no puedo dar con él.

Pregunto á D. Nicolás, no Rivero, que éste ya sabemos que si está entusiasmado, sino el honrado comerciante de la esquina:

—Conque ¿qué me dice V. de D. Tomás?

—¡Hombre! dejéme V. en paz; ¡qué D. Tomás ni qué niño muerto!

—No, si no es niño muerto, sino niño vivo.

—¡Hombre! no me hable V. de eso; yo he sido toda mi vida progresista, pero crea V. que nunca podía suponer que fuese mi partido el que quisiera traer un rey extranjero y chiquitín y reprobado en los exámenes.

Siguiendo mis investigaciones, me dirijo á un amigo, hombre de talento y de posición:

—Vamos, ya estará V. contento, V. que es tan monárquico, le digo, ya van á traer rey los progresistas.

—¿Sabe V. lo que digo? me contesta, que yo que soy tan monárquico, si traen ese reyezuelo, me haré republicano ó cualquier cosa.

Sigo andando, y tropiezo con un banquero que se quejaba mucho en estos meses pasados de la interinidad.

—Doy á V. la enhorabuena, le digo, porque al fin vamos á salir de la interinidad trayendo á D. Tomás.

—¡Hombre! no se chancee V.; si esa monarquía, propia de un teatro de figuras de movimiento, vá á ser peor que la interinidad. Si eso sucede, en arreglando yo mis asuntos, pongo mi dinero en el Banco de Londres y me voy á las Provincias Vascongadas ó á Francia.

Por allí veo venir á la marquesa del Barquillo relleno, grande de España y otras yerbas.

—¡Oh! marquesa, ¡cuánto celebro ver á V.! no sabía que estuviesen Vds. ya en Madrid.

—Si, hemos venido porque mi marido quiere arreglar unos asuntos.

—Y, ya de asiento otra vez en la Corte.

—Le diré á V., eso será segun el giro que tomen las cosas; si hay orden y seguridad, como hasta aqui, nos quedaremos, pero si viene ese rey que quieren traer, dice mi marido que nos iremos, porque esto se convertirá en una merienda de negros.

Vuelvo á mi casa alicaído y deplorando mi suerte que no me permite ver y oír lo que ven y oyen los genoveses, y en el portal tropiezo con una brava verdulera que me surte de cardo, patatas, perejil, yerbabuena y calabacines.—no es alusion á nadie,—y la digo:

—Vamos, señora Eusebia,—Eusebia es como ella dice que se llama,—ahora si que vá V. á vender mucho.

—¿Por qué, señor?

—Toma, porque viene el rey, y vendrá mucha gente á Madrid.

—¿Quién? ¿el chico?... Aunque parece... Misté, señor, yo no entiendo de política, pero creo, digo, se me figura que aqui semos... pues... muy españoles, pa que nos venga á mandar nengun chico de extrañis.

Voy á tirar de la campanilla de mi cuarto, pero no tiro, porque se abre la puerta y sale el aguador.

—Antonio, le digo, ya tenemos rey.

—¿Y quién es señore? me pregunta, ¿es el señor de Revere, ó Castelar?

—¡Hombre! nó, es un niño que se llama Tomasito.

—¡Ah! ¡Tomasito! ese que dicen!... no lo crea, señore, esa es una broma de los repulicannus.

Desesperado de no hallar ningun entusiasta del rey de los radicales, vuelvo á echarme á la calle y me dirijo al Congreso.

Tengo algunos amigos que son diputados radicales y que votarán al duque de Génova; estos deben estar verdaderamente entusiasmados.

Encuentro á uno con quien tengo bastante confianza:

—¿Conque decididamente están Vds. por el de Génova? le digo.

—¿Y qué hemos de hacer? me contesta.

—Me alegro de hallar un entusiasta de esa candidatura, porque ya iba creyendo que era una broma de los periódicos genoveses, decir que es popular el candidato.

—Hombre, me dice mi amigo, yo he prometido votarle, porque Prim quiere, y porque es cuestion de partido, pero crea V. que á mi no me gusta esa candidatura, y si el partido desistiera me alegraría.

—Pues señor, me digo; ¿dónde estará la popularidad de ese joven?... Oye, tú: exclamo, dirigiéndome á un amigo que está empleado con 30.000 rs., ¿te gusta el duque de Genova?

—Chico, me contesta, yo en ese punto, lo mismo me dá el de Génova que otro, si no me mueven de mi destino.

Me dirijo á la redaccion de un periódico genovés de los que hablan de la popularidad de su candidato; aqui no puedo menos de hallar el entusiasmo que tanto se encarece.

—¿A cómo estamos de rey? pregunto á un redactor con quien tengo bastante confianza.

—Ya tiene el de Génova 150 votos...

—Pero, ¿será rey?

—¿Qué se yo?... y será una lástima que no lo sea, porque sería un rey que ni pintado, para que fues lo mismo que si no lo hubiera, que es lo que queremos los radicales.

Repito lo que dije al principio, yo estoy en el limbo, yo no veo ni oigo el entusiasmo y la popularidad de que hablan esos periódicos felices; veo todo lo contrario; no se qué enfermedad es esta que á toda España aqueja hoy, y que cons ste en no ver ni saber lo que los periódicos dicen que sucede.

Estoy por ir á preguntar á Prim si le entusiasma el duque de Génova.

Y apuesto una oreja de Muley-Habas á que si tuviera bastante confianza en que yo no habia deser indiscreto, me decia el general que no.

LA ADMINISTRACION PÚBLICA.

O en España no hay administracion pública ó, si la hay, sobran muchos empleados de los más gordos.

Los altos empleados, pongo por caso, no se ocupan en otra cosa que en política. Son diputados y necesitan ir á las sesiones de Cortes, ocuparse en las comisiones de que forman parte, recibir á sus electores, recorrer los diferentes ministerios haciendo los encargos de los dichos electores, como pedir credenciales, cruces, etc., etc.

Con estos quehaceres, difícilmente les queda tiempo para comer, dar una vuelta por el Casino y otra por el teatro para saludar al Regente en su palco, ó á la familia del ministro tal, ó cual, ó á alguna buena moza,—que tambien los diputados son amigos de ellas, y los hay mas enamorados que Cupido.

¿Cómo demonios desempeñan estos señores el empleo cuyo sueldo cobran?

De ninguna manera; los empleados subalternos son los que trabajan algo, porque les daría vergüenza cobrar el sueldo sin trabajar, no porque nadie les estimule ni les obligue, y el gran señor político, que cobra mas que todos juntos, no tiene que hacer mas que echar cuatro firmas, que el demonio no entiende lo que escribe, porque han de saber Vds. que todos estos personajes (!) políticos tienen á gala escribir de una manera ininteligible, como si eso diera cierta importancia y respetabilidad, con lo cual queda demostrado que muchos que tienen pretensiones de grandes hombres, son tontos de capirote.

Todos esos destinos que desempeñan de esa manera los hombres políticos son completamente inútiles, y si se suprimieran todos en un dia, crean Vds. que no se resentiria lo mas minimo el servicio público.

Una buena parte de esos empleados, cuyo empleo viene á ser una canongía que no se otorga á la ciencia ó al mérito, sino al que tiene las mismas ideas políticas que el gobierno, y le aplaude y ayuda en todo lo que hace, siquiera haga un desatino cada dia, están además fuera de su destino gran parte del año, con licencia, divirtiéndose á veces por cuenta del Estado, como los que ahora han ido al Istmo de Suez, con miles de pesetas de ayuda de costa; de suerte que la administracion pública ó es una cosa de que no se cuida nadie en este país, ó no necesita para nada tantos empleados, puesto que marcha perfectamente en la ausencia de los que mas cuestan.

Los que tienen expedientes en los ministerios, de lo que Dios me ha librado, despues de muchos meses de ir de un oficial á otro, de una mesa á otra, oyen al fin un dia esta consoladora frase:

—Está á la firma de S. E.

Lo que quiere decir que el negocio está despachado, y que solo falta que S. E. eche un garabato de los que acostumbra.

Pero pasan dias y dias y semanas, y acaso meses, y siempre está á la firma.

Yo no me puedo persuadir de que un ministro no tenga todos los dias tiempo para firmar todo lo que haya que firmar, y para cuando yo lo sea prometo hacerlo así, y no tomen Vds. esto á inmodestia y presuncion, porque por el camino que vamos, dentro de un s cuantos años, ¿qué español que sepa medianamente leer, escribir y las cuatro reglas no habrá sido ministro siquiera cuatro dias?

Pero los ministros tienen tantas ocupaciones... tienen que recibir á los diputados que van á pedir, á las señoras que van á lo mismo, tienen que reunirse en Consejo, almorzando antes juntos para templarse, tienen que asistir á la Tertulia progresista y á las inauguraciones de todo lo que se abra, aunque sea una chocolatería, y tienen que ir de caza, á matar unas cuantas piezas para que, sabido luego esto por conducto de la *Correspondencia*, se admire el público de lo bien que tiran los jefes del poder; y luego, como aquí, siempre hay crisis, porque se van unos ó vienen otros, ó circunstancias extraordinarias debidas á las partidas que levantan estos ó aquellos, ó á cuestiones graves á que dá lugar el continuo tejer y destejer que constituye la política de esta nacion, manejada por doscientos ó trescientos hombres ligeros de cascos y llenos de viento en la cabeza, los ministros verdaderamente no pueden hacer nada, y así se les ve entrar y salir, habiendo hecho en bien del país lo mismo que yo que no soy ministro,—¡qué digo lo mismo! menos que yo,—y viene á resultar que nos podríamos pasar perfectamente sin ministros.

No hablemos de los gobiernos de provincia. Estos destinos tan importantes, para los que sirve cualquiera que es amigo del gobierno, aunque sepa de administración lo mismo que yo de echar cuchillos á unos pantalones, son poco menos que inútiles, toda vez que cada provincia suele tener en un año cuatro ó cinco gobernadores que ni tiempo material tienen para enterarse de las necesidades de la provincia, de las reformas precisas, ni siquiera para visitar todos los pueblos que la componen y acudir á su bienestar. Entrán y salen gobernadores, y los abusos subsisten siempre, y los pueblos claman en vano, y la administración anda como Dios sabe.

En resumen, me parece á mi que el gobierno debía remediar el gran desbarajuste, el puntible abandono, y la triste ignorancia que se advierten en la administración pública.

El mal es ya antiguo.

Aquí se pospone todo á la politiquilla; aquí el empleado sabe que le dejarán cesante en cuanto entre otro ministro; aquí, en fin, se habla mucho, se proyecta mucho, se teje y desteje, y en resumidas cuentas no resulta nada.

Y así vamos viviendo en el mas delicioso desorden que puede imaginarse.

CONFERENCIAS PARA LA JUVENTUD.

I.

LOS ENEMIGOS.

(DE E. LEROUVÉ.)

Un libro de viajes, algunas de cuyas páginas leía ayer á mi hijo, me dió asunto para una conversación amena y útil.

—Sí, hijo mío, le dije cerrando el libro, cuando los salvajes de la nueva Zelandia hacen prisionero á uno de sus enemigos, se lo comen bonitamente. ¿Y sabes por qué? No es solamente por crueldad ó por venganza, sino por interés personal.

—Será porque ese manjar horrible les agrada, observó mi hijo.

—Acaso, pero tienen otro motivo diferente; creen que comiendo el cuerpo de un enemigo comen también su alma, y que de este modo adquieren ellos el valor que tenía el enemigo; de suerte que apoderados así del espíritu de su mortal enemigo, les parece que le obligan á infundirles mas valor y á darles por consiguiente mayor probabilidad de triunfo en la pelea. Así es que cuando vuelven de la guerra trayendo como trofeos las cabelleras arrancadas á sus enemigos, dirigen un canto en acción de gracias á los espíritus invisibles que creen tener dentro del cuerpo, y á los que atribuyen en parte la victoria. ¿Que te parece esta idea?

—Me parece muy estraña.

—Pues aun hay un vencedor mas dueño todavía de sus enemigos que el salvaje que se los come bárbaramente.

—Cómo?

—Sí; porque el salvaje los mata y se los come para obligarles á que le sirvan, pero este otro vencedor de que te hablo, los introduce en su misma casa y vive con ellos, los tiene sujetos, pero no esclavos, y sabe que ellos están siempre dispuestos á romper sus cadenas y á matarle. Y en tanto, él, tranquilo en medio de esos temibles servidores, dice al uno: calientame; al otro: alumbrame, y á otro...

—Padre, me dijo mi hijo sin poder contenerse. ¿Y quien es en la tierra ese ser Todopoderoso? ¿En que país maravilloso vive ese hombre de tan extraordinaria fuerza?

—Vive en esta misma casa, porque ese ser sobrenatural eres tu mismo.

—¡Yo! exclamó el niño con una sorpresa muy parecida al temor.

LA HERENCIA DE UN CÓMICO.

POR

PONSON DU TERRAIL.

Continuación.

Paris se anima y se alegra.

El baron Samuel corre al Bosque.

Conduce él mismo su elegante faeton arrastrado por dos *steppers* de pura raza. El doctor le acompaña.

Detrás van dos *grooms* de librea blanca con cuello y vueltas de color de cereza, indolentemente cruzados de brazos.

Son las dos de la tarde.

El doctor calla; Samuel está pálido; sus miradas contraídas, y la burlona sonrisa ha huido de sus labios.

—¿En qué se piensa? le pregunta al fin el doctor.

—En ella, responde Samuel.

Y esta vez no hay ironía en su voz, ni expresión burlona en su mirada.

Samuel ama.

Ama apasionadamente, con furor, con locura.

El diablillo de los rubios cabellos y los ojos negros se ha apoderado de su alma y la absorbe toda entera; ha hecho presa en ella como el buitre en las entrañas de Prometeo.

—¡Ah! murmura el doctor, ¿conque en ella?

—Sí.

Este buen hombre á quien antes Samuel llamaba pelicano, este médico de risa satánica, se encoje de hombros.

—Es en vano, dice á Samuel, que me ocultéis la verdad.

—¿De verás? dice Samuel.

—Amáis á la condesa; luego tenéis corazón. Esta es pura lógica.

—¿Y qué?

—Pues no sois un hombre completo; esta es mi opinión.

—¿Y qué me importa?

—Yo soy médico, y veo, aunque muy tarde, que he hecho un estudio insignificante. Creía haber dado con un hombre sin corazón. Este caso singularísimo me agradaba, me seducía, estimulaba mi amor á la ciencia y mis aficiones de filósofo.

—Tú, tú mismo, y yo, y todos los hombres.

—¿Es decir que la muerte me amenaza por todas partes! ¡vivo en medio de terribles enemigos!

—Sin duda.

—¿Y quienes son? ¿dónde están?

—¿Quieres ver uno en este mismo momento?

—Sí.

—Pues bien, escúchame. ¿Te acuerdas de nuestra escursión del otro día al campo y de la terrible tempestad que allí nos sorprendió?

—Vaya si me acuerdo.

—¿Qué desastre! ¡qué tempestad! la lluvia caía á torrentes y nos cegaba; en un momento nuestros vestidos interiores y exteriores y calzado se empaparon en agua, que fria como la nieve, nos helaba la sangre en las venas; no podíamos andar porque el campo se habia convertido en un lago inmenso, y tropezábamos y caíamos y nos faltaba tierra en que pisar, y además no se encontraba la menor señal de camino ni vereda segura. Todo habia desaparecido bajo del agua. Pues bien, ven conmigo, sigueme á la cocina donde tenemos la fuente y dá vuelta á la llave.

El agua salió por el caño tranquila y cristalina.

—Hé, aquí, le dije, ese enemigo terrible que por poco acaba con nosotros el otro día. Héle aquí vencido. Al abrigo de su casa el hombre podía desafiar las invasiones del agua, pero quiso más, no se contentó con que el agua no cayese sobre él, si no que hizo que cayese para él; fué á buscar los rios á su origen, trajo desde cien leguas los manantiales perdidos en las entrañas de la tierra y los dirigió á donde quiso, lo mismo á la planta baja de las casas como á los pisos mas altos, y los hizo servirle á medida de su deseo, en fuentes, en estanques, en bocas de riego, para su recreo y salubridad; porque, sábelo bien, el agua en las ciudades es la salud, es la pureza, las epidemias combatidas, las calles sanas, la atmósfera pura, la ropa limpia, el polvo disipado, el calor vencido, los incendios apagados, los árboles lozanos, las flores bellas, la primavera, en fin.

Así, pues, hijo mío, arroyos y rios, lagos, manantiales impetuosos, cataratas desvastadoras, torrentes, todos vencidos por la voluntad y la sabiduría del hombre, vienen sumisos como divinidades bienhechoras á penetrar pacíficamente en la casa del pobre y del rico, dóciles como has visto á la mano de un niño que dice al torrente, ¡corre! ¡detente! y el torrente corre ó se detiene.

—¿Y el segundo enemigo?

—A tu lado le tienes.

—¿Y es tan terrible como el primero?

—Tan terrible que... ten cuidado que te vas á quemar.

Un pedazo de leña encendido habia caido de la chimenea al lado del pié de mi hijo:

—¡Ah! ¡es el fuego! dijo alegremente mi hijo poniendo otra vez en la chimenea con las tenazas el pedazo de leña.

—Sí, el fuego; su nombre dice lo que es, es un enemigo que parece invencible: el agua destruye lentamente, pero el fuego destruye en un momento. Su contacto es una herida, su herida un tormento atroz. El agua mata, pero en el agua se puede vivir gracias á los adelantos de las ciencias, y para matarnos necesita entrar en nuestra boca y pesar sobre nuestro pecho; pero el fuego devora todo lo que toca, y si el hombre quemado sobrevive, para toda su vida lleva impresa la señal de la mordedura del terrible elemento. Hay mil medios de salvarse del agua, el hierro, la piedra, la madera nos pueden librar de morir ahogados. Pero al fuego nada le detiene, consume la madera, funde los metales y calcina las piedras, y todo sin caer como el torrente en masas formidables; basta una chispa para incendiar un pueblo.

—¡Ah! si, como en el incendio de la fábrica el otro día.

—¡Ah! exclamó Samuel.

—Y hé aquí que os dejáis cojer un día, y por tenacidad primero, y por vanidad despues, robais Raquel á D. Ramon.

Samuel procura ser el hombre de antes, y una sonrisa desdenosa contrae sus labios.

—¡Pobre D. Ramon! dice.

—Sí, continuó el doctor, pero á estas horas, quisiera yo saber si no es D. Ramon mucho mas feliz. Primero quiso matarse, y luego ha preferido ser rey en América. Es un suicidio mas dulce.

—¿Creeis que haya partido?

—Hace tres meses.

—¿Y no volverá?

—No.

Samuel respira.

—Ahora, añade el doctor, riendo, puedo deciros lo que pensais.

—¡Bah!

—Teneis miedo de D. Ramon; acaso, si él volviese, Raquel...

—Callad, doctor.

—Tranquilizaos, no volverá. Raquel no le volverá á ver.

—¡Ah, doctor!

—Luego no teneis razon ninguna para amar á Raquel.

Samuel inclina la cabeza sobre el pecho y no responde.

El carruaje ha bajado rápidamente la avenida de la Emperatriz; llega al lago y se dirige hácia la izquierda donde ya se apiña la multitud elegante.

Samuel ha ido al bosque con el único objeto de encontrar á Raquel.

Raquel, mas bella que nunca, con su traje de luto y seguida y rodeada de los trescientos elegantes que son el asombro de todas las muchachas casaderas.

De pronto Samuel ahoga un grito.

Y su semblante se cubre de una palidez livida.

—¿Qué teneis? le pregunta el doctor.

Samuel estienda la mano señalando al carruaje de Raquel que dá al paso la vuelta al lago.

Es un landó de casa de Eshler de caja azul, y ruedas y lanza amarillas á la Daumont conducido por dos *jokeys* con traje rayado azul y blanco.

El landó está vacío.

Pero la condesa se pasea á pié, seguida á distancia por el lacayo.

—Justamente; ya te acuerdas del furor con que estalló aquel incendio. En un segundo apareció terrible é irresistible, conviértiendo en cenizas todo cuanto tocaba. Tal es, sin embargo, el huesped que el hombre se ha atrevido á introducir en su casa. El fuego se encuentra en todos los actos de nuestra vida y sirve á todas nuestras necesidades. No hay mas exacta expresión de la miseria que esta frase:—¡No tenemos lumbre en casa!—Y no hay mas encantadora imágen de la felicidad doméstica que esta otra frase:—¡A la amor de la lumbre!

Se habla del fuego en el hogar como de un amigo, y sin embargo es un amigo péfido y terrible. Es preciso tomar infinitas precauciones contra él; se necesita un sitio aparte edificado especialmente para el fuego, un hogar, una chimenea, un fogon, formado de elementos ya endurecidos por el mismo fuego, y aun estos preparativos no bastan para preservarnos. Muchas veces en el momento en que menos se espera, este enemigo, á quien se cree sujeto, salta á muchos pasos de distancia, lanzando mortíferas chispas. Altera, rompe y estropea lo que no puede consumir. Exhala sin cesar una especie de veneno corrosivo, que escapándose por todas partes nos ataca y nos mortifica en todos los sentidos como la vista, el olfato, la respiración, y afea y empaña los adornos de la casa y mancha las ropas que nos cubren. Donde no puede llegar el fuego llega el humo. ¿Qué hacer para arrancar este resto de poder á este enemigo implacable? ¿Cómo obligarle á ser solamente útil? Tarea bien difícil, imposible, si no hubieseamos descubierto un aliado todo poderoso que acabará de reducirle; un combatiente misterioso.

—¿Y quien es ese aliado, padre?

—Es un tercer enemigo.

(Se concluirá.)

CASCABELES.

Hemos oido hacer grandes elogios del arrojo y serenidad de un guardia civil en el incendio de la casa del señor Campo, ocurrido el día 3.

Sentimos ignorar el nombre de este guardia á quien se vió entre las llamas prestando un servicio muy útil y eficaz, y deseáramos saber que ha sido dignamente recompensado.

Los radicales continúan queriendo hacer creer que el duque de Montpensier es impopular.

Ya se vá conociendo bien lo contrario y mas se conocerá si se persiste en la idea de traer al duque de Genova.

El gobernador ha suspendido un periódico que no excitaba á la rebelión ni atacar á la Constitución, sino que decia que el gobierno lo hace mal, y que la candidatura genovesa es un mamarracho.

Pues entonces, ya puede suspender ó suprimir el gobierno á toda España que dice lo propio.

El *Certame* asegura á sus lectores que la eleccion de D. Tomás I está asegurada.

Si fuera verdad, lo sentiria por ese pobre jóven incauto.

La isla de Cuba vá mejorando.

La sublevacion vá de capa caída, y parece que empieza el reinado de la moralidad en aquella isla, adonde ya saben Vds. que iban los empleados á hacer fortuna.

Todo esto se debe, no al gobierno este, sino al del bizarro general Caballero de Rodas, á quien deseamos mucha salud y ver pronto por aquí despues que haya pacificado por completo la isla.

A su lado vá un jóven, sombrero en mano. Raquel y el jóven hablan familiarmente; él parece muy obsequioso é insinuante, y la condesa sonrie.

—Mirad, dice con rabia Samuel al doctor.

El jóven que coquetea con la condesa Raquel no es otro que Singleton.

Singleton, el elegante ridículo, que es valiente como Turana, y que hizo aquella tremenda herida en el pecho á Samuel.

Samuel, el temerario, el impio, el que nada teme tiene miedo de Singleton.

La presencia de aquel titere, en la apariencia, que es todo un hombre de corazón, le aterró á Samuel:

—Parece, dice el doctor, que son muy amigos, ó mas que amigos. ¿Qué os parece?

Samuel está furioso; pero no se atreve á dejar las riendas á uno de sus *grooms* y echar pié á tierra y dirigirse á saludar á la condesa.

Al contrario; estimula á los caballos y pasa rápidamente por en medio de los carruajes.

Sin embargo, ha saludado á la condesa.

Raquel le ha devuelto el saludo.

Pero ha notado Samuel ironía en la sonrisa é indiferencia en la mirada de la condesa.

Samuel vuelve á casa turbado. Durante el camino no ha despegado los labios; y el doctor, por su parte, tampoco ha interrumpido el silencio.

El hijo del cómico se encierra en su gabinete y allí, pensativo, con la frente apoyada en las manos, se abandona á sus celosas suposiciones, y á esa sorda cólera que es la consecuencia precisa de la pasión.

—Sí, murmuró, esa mujer de quien quise hacerme un juguete, la amo ahora, la amo yo, que me he burlado del amor, de la amistad y de la virtud.

¿Tendria razon mi padre? ¿El vicio tendrá al fin castigo temprano ó tarde?

Hace tres meses, arrastro la existencia de un condenado. Lloro como una mujer cuando me separo de ella algunas horas, y experimento una alegría inexplicable cuando la vuelvo á ver.

(Se continuará.)

Tenemos á la vista las ocho primeras entregas del *Manual de Análisis químico aplicado á las ciencias médicas* que está publicando el doctor D. Juan Ramon Gomez Pamo. Por lo que hemos leído de este interesante libro, le juzgamos digno de ser conocido de todos los profesores que se dedican á las ciencias médicas.

Un periódico dice que ha oído decir que en una de las tiendas donde se firma la Exposición que elevan á las Cortes los partidarios del duque de Montpensier, se dan cuatro reales á los que la firman, y diez si son contribuyentes.

Los que le han dicho esa infamia al apreciable colega le han engañado miserablemente. No nos extraña que eso se diga, porque ahora todas las miserias, todas las calumnias son moneda corriente; lo que nos extraña es que la prensa se haga eco de esas indignidades.

La junta directiva de las clases pasivas de Palacio, reunida el día 5 en casa del vicepresidente, ha determinado promover de nuevo su instancia cerca del gobierno para ver de alcanzar un éxito favorable que ponga término á la angustiada situación en que dicha clase se halla hace ya catorce meses. Tan triste es esta en realidad, que muchas huérfanas y jubilados han perecido ya de hambre, y algunos de los hijos de estos últimos venden fósforos por las calles de Madrid. Las clases pasivas de Palacio nada tienen que ver con los que eran empleados activos de la señora que fué nuestra reina; son por el contrario verdaderas cargas de justicia: un censo que en toda traslación de dominio es respetado por el nuevo propietario. Sábese que está ya redactado un proyecto para ser presentado á las Cortes, pero, ¿cuándo se presenta? ¿cuándo se resuelve? El tiempo pasa, los recursos de los interesados están ya agotados y el hambre prosigue haciendo estragos. ¡Un poco de caridad por Dios!

Algunos periódicos extrañan que no se representa una zarzuela que se anunció, titulada: *Tomásito el Saboyano*, y que se retiró no sabemos por indicaciones de quien.

En este asunto sucede una cosa parecida á la que pasa muchas veces entre las empresas de teatros. Otra empresa y otros autores tienen otra producción con el mismo argumento y el mismo título, y quieren ser los primeros en dar el golpe con el fruto de sus vigilias.

Lo malo será que la empresa truene antes.

Para disminuir la impopularidad de la candidatura que podríamos llamar de la *Nueva Infancia*, dicen algunos periódicos que á Napoleon no le gusta.

Puesto que Napoleon anda ahora malucho y alicaído, aconsejamos á sus cortesanos que para distraerle y hacerle reír le lean los artículos de periódicos españoles que hablan de su oposición al *petit caporal* genovés.

Se reirá mucho el emperante y dirá:

Le canard est bien tourné.

Un periódico neo decía el otro día que Ruiz Zorrilla había nacido para tirar de una noria, (frase que en verdad no creíamos que pudiera escribirse en un periódico destinado al público)—y otro periódico progresista dice que el autor de tal frase no debe salir á la calle sin cabezada.

¿Qué les parece á Vds?.. A esos extremos lleva la pasión de partido cada vez mas repulsiva para las personas sensatas.

Un periódico progresista viene á decir que deben quitarse los destinos á los que sean unionistas. Parece mentira, pero esto es lo que se llama aquí política. Todo es cuestion de sueldo.

Parece que los progresistas y demócratas empiezan á hacer el amor á los republicanos.

Es lo que deben hacer, pero para eso debían no haberles dado la tremenda batalla última que tanta sangre ha costado al ejército y á los entusiastas de Suñer.

A la noticia de que los republicanos celebrarán una gran manifestación tan luego como se devuelvan las garantías, pone el *Pueblo* el siguiente apéndice:

«Sería lo que nos haría falta para echar á perder de nuevo la libertad y dar armas al gobierno para que siga, por indispensable la represión. Lo que le hace falta al partido republicano es instrucción, no ruido; escuelas, leer libros y periódicos y TRABAJAR, no reunirse y manifestarse en griterías y estrepitosa holganza.»

¡Hombre! este periódico republicano se conoce que está escrito por hombres formales.

Pero no aprovechará el consejo.

Dicen que se vá á celebrar una manifestación antimontpensierista.

¿Y qué?..

Será que yo no lo entiendo, pero me parece que esas manifestaciones no significan nada. Los desocupados van á todas las manifestaciones sean en contra ó en favor de lo que se quiera.

Problema.

Adivinarcuánto tardará en haber algun exceso ó desorden cuando se vuelvan á abrir los clubs y á permitirse manifestaciones *pacíficas*.

La Tertulia progresista se ha mostrado favorable á Don Tomás I.

Entonces, que lo traigan.

Me parece á mí que, consultándose todo con la Tertulia y dándose á la Tertulia cuenta de todo, y yendo allí los ministros á explicarlo todo, podían suprimirse el Ministerio, los Consejos, Tribunales, Direcciones y todas las oficinas, encargándose la Tertulia (gratis) de la gobernación del Estado.

No estaría la cosa peor que ahora.

Se ha dispuesto que los depósitos en metálico para optar á subastas, satisfagan á su devolución 400 milésimas de escudo cuando no excedan de 400 escudos, y desde esta cantidad en adelante 100 milésimas por cada 100 escudos considerándose como centenas completas las fracciones que no alcancen á este limite.

Esta gente vá á llevar dinero hasta por llevar bolsillos en los pantalones.

Hoy empezamos á publicar en *EL CASCABEL* una serie de *Conferencias para la juventud*, tan amenas como útiles, que extractaremos de los mejores autores españoles y extranjeros, además de las que escribamos nosotros mismos.

EL CASCABEL quiere ser un periódico festivo, pero útil tambien, y por esto empezamos esta curiosísima serie de artículos, que de hijo nos agradecerán los padres de familia.—Cada *Conferencia* ocupará dos números; las empezare nos siempre en el número del jueves y terminarán en el del domingo.

Nosotros queremos clemencia para todos, para carlistas y republicanos; por esto vemos con disgusto que mientras á los segundinos se los trata con gran benignidad, los primeros están en las cárceles y en los presidios, sin que el gobierno se acuerde de ellos para aliviar sus padecimientos y volverlos al seno de sus familias.

Nosotros no somos ni lo uno ni lo otro, pero somos justos.

Dice *La Política*, con la gracia que le caracteriza, que el partido radical quiere eternizarse en el poder agarrándose á los faldones del *chaqué* de un niño.

Tiene razon *La Política*; la frase es felicísima.

Hablando de una carta que vá á dirigir la Tertulia progresista al señor Topete, escribe la siguiente broma *La Legitimista* español, periódico carlista.

«Se asegura que el Sr. Ruiz Zorrilla será el portador, que la redactará D. Vicente Rodriguez, poniéndola en limpio Carlos Rubio.»

La broma que el periódico carlista se permite respecto de nuestro amigo D. Carlos Rubio, nos parece á la verdad poco noble y generosa hallándose este distinguido escritor gravemente enfermo, como debe saber *El Legitimista*. La pasión de partido lo envenena todo en este pobre país.

Quien se suscriba á *EL CASCABEL* por seis meses ó un año, (16 y 30 rs. en Madrid y 18 y 34 en provincias), recibe gratis en el acto en Madrid, y á vuelta de correo en provincias, el divertido libro de 300 páginas

LAS TIENDAS

POR

D. CARLOS FRONTAURA.

uno de los mas populares de su autor y además se le regalará á fin de mes el

ALMANAQUE DE EL CASCABEL PARA 1870

Dirigirse: Administracion de *EL CASCABEL*, plaza de Celenque, núm. 1, Madrid.—Los suscritores de provincias deben enviar un real mas para recibir el libro certificado.

MADRID: 1869.—IMPRENTA Á CARGO DE DIEGO VALERO,

Calle de la Independencia, núm. 2, bajo izquierda.

CAPITULO VII.

La mendiga.

Al salir Luna de la casa del Presidente para ir á la casa de la pobre con una niña pequeña.

Al ver esta pobre abrir la portezuela del coche que esperaba á Luna delante de la puerta, se detuvo.

Acaso la persona que iba á entrar en el coche le daría una limosna.

Los pobres creen caritativo á todo el mundo; alargan la mano siempre, y se hacen esta cuenta galana:

—¿Se ha de negar nadie á darme un cuarto?

Se detuvo y alargó la mano.

—¿Una limosna por amor de Dios! que tenemos mucha hambre, dijo la mendiga con débil tamborosa voz, á tiempo que entraba en el coche el flamante personaje.

—Ahora, dijo este. ¿Qué diablos de pobres! ¡no hay país de mas vagos que este!

Y él ¿qué era?..

Y metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda de plata que dió al cochero, diciendo:

—Dásela.

En aquel momento, la pobre le miró diciendo:

—Dios se lo premie á V. buen...

Y no acabó la frase.

Dió un grito y cayó en el suelo desvanecida.

—¿Qué es eso? preguntó el señor.

—¿Tendrá hambre! observó tranquilamente el cochero.

—Pues dale la peseta al portero para que se la dé cuando le pase el accidente, y vamos.

El cochero dió al portero de la casa de Isabel la peseta y montó en el pescante, diciendo filosóficamente:

—Este Madrid está perdido. De todo tiene la culpa el gobierno.

Y como si los caballos tuviesen la culpa tambien, les arrimó un temendo latigazo.

Los pobres animales salieron á escape á la brusca insinuación del otro animal que los guiaba.

Y allí quedó la mendiga tendida en el suelo, con una herida en la cabeza que se hizo en

prometida, acaso no habría V. huido de la aldea, y á mí me hubieran robado bonitamente, añadió con tono jovial la Presidenta.

—No de é nada, no tenia nada... y puede ser que me arrepienta de haber dejado la aldea, de haberme despojado del traje de paño burdo.

—¡Oh! señor de Luna, no me diga V. esas cosas porque vá V. á perder mucho á mis ojos... sea V. sincero, yo odio todas las hipocresías...

—¿Quiere V. que sea sincero con V?

—Sí, no habiéndome de su amor de ahora sino del de ayer.

—Pues así como V. tenia curiosidad de saber si yo era el joven paleta, que vino á avisarla del conato de robo, yo tambien tengo curiosidad de saber quien sería una dama alta, elegante, enlutada, completamente cubierta, que en una ca le de Madrid el día de mi llegada á la corte, poco despues de mi llegada; me confió una carta para que la entregase en cierta miserable guarilla.

—Con las aventuras de V. puede hacerse una novela, señor de Luna.

—Acaso.

Aquella dama elegante y distinguida tenia la misma estatura de V., la misma voz, el mismo aire aristocrático. ¿Tendría tambien el mismo rostro?

—No sé, señor de Luna, pero esa dama no era yo.

—El día siguiente, la voz de V. hirió mi oído agradabilísimamente; era la única voz de mujer que habia oído desde mi llegada á Madrid, una vez en la calle, emitida por una mujer misteriosa y encubierta, y otra emitida por V. en su casa, al darme gracias por el aviso del robo.

—Pues, hijo, no era yo, contestó Isabel riéndose.

Luna la observaba atentamente.

Aquella mujer era capaz de disimular todos los sentimientos y Luna queria penetrar sus mas recónditos pensamientos.

No era fácil o que el hijo del sacristan se propusiera

—Aquella señora, continuó, no se me ha olvidado nunca, y juraría... ¿Tiene V. alguna hermana?

—No.

—Es singular.

—En efecto, pero yo no he tenido nunca necesidad de envolverme en ese misterioso ropaje que dice V. llevaba la dama incógnita.

—Muchos deseos tengo de hallarla: tengo que cumplir con ella un deber de conciencia.

—¿Tambien eso?

—La carta no la entregué.

—¿Qué carta?

—La que aquella señora me confió para que la entregase á la persona que me abriera la puerta de la guarilla.

—Tuvo V. buen modo de cumplir el encargo.

—Nadie me contestó en aquella habitación; es verdad que debí devolver la carta á su dueña, pero... era yo poco mas que un chico, acababa de llegar, tenia la astucia del pueblo, y... verdaderamente no se por qué mentí... y dije que habia entregado la carta, sin haberlo hecho.

—¿Y habrá V. descubierto algun secreto?..

—No, señor... la carta no era carta; bajo el sobre habia un billete de cuatro mil reales.

—Eso es mas grave.

—No hice us de ellos por casualidad, porque en mis aventuras de los primeros dias de mi estancia en Madrid, perdí el billete ó me lo robaron.

—¡Ah!

—No por eso me creo menos obligado á la restitucion de aquel dinero, á fuer de hombre honrado, y hé aquí el fundamento de mi deseo de volver á encontrar á aquella señora.

—Difícil parece, á juzgar por las circunstancias que concurren en el caso.

—Será un pesar para toda mi vida.

—Ponga V. un anuncio en los periódicos.

La indiferencia con que la mujer del Presidente del Consejo oia lo que Luna le contaba desconcertó á este completamente.

Era imposible turbar la serenidad de aquella mujer.

—Mientras la Providencia le proporciona á usted ocasion de hacer esa restitucion, pue-

POLVOS Y PASTILLAS AMERICANAS

DEL DOCTOR PATERSON.



Hace quince años que los médicos franceses y extranjeros están unánimes en la superioridad de estos productos...



Este es el medicamento más precioso que se conoce para reconstituir la debilidad de bacalao...

CONTRA CALENTURAS.

Siguen curando radicalmente las píldoras de Pablo Fernandez, que remite el autor por el correo...

EMPRESA GENERAL DE ANUNCIOS.

Los que necesiten dar á conocer sus productos, podrán publicar sus anuncios en los periódicos y á los precios siguientes:

Table with 2 columns listing newspapers and their advertising rates (e.g., La Iberia at 1 real line, El Genio Médico at 75 céntimos).

NOTA. Sobre estos precios se hace una rebaja del 25 por 100 á toda persona ó compañía, cuyos anuncios alcancen á un millar de líneas dentro de cada un mes...

Los avisos se reciben tan solo en la calle de Hortaleza, núm. 2, Madrid, y en las respectivas Administraciones de dichos periódicos.

VEGETALES DE MATICO

Este nuevo tratamiento preparado con hoja del MATICO, árbol del Perú, para la curación rápida é infalible de la gonorrea...

Deposito principal en Paris, rue de la Feuillade, núm. 7.—Idem para España, oficina de farmacia del Doctor Simon...

FARMACIA DEL LICENCIADO DON SÁBAS GADEA,

PLAZA DE SERRANOS, NÚM. 2, VALENCIA.

ELIXIR ANTI-EPILEPTICO preparado por Gadea.—Específico sin igual para el tratamiento de las enfermedades nerviosas.

Precio 20 rs. botella.

Nota. El haber conseguido 300 curaciones en doce meses, me hacen asegurar á los pacientes de tan terrible enfermedad su buen éxito...

AGUA DE COLONIA. Se vende á 8 rs. el frasco en el laboratorio, Caballero de Gracia, núm. 3. JARABE FERRUGINOSO. DE J. P. LAZARTE. FARMACÉUTICO EN PARIS.

VINOS Y LICORES DEL REINO Y EXTRANJERO

LA SOCIEDAD VINICOLA EN ESPAÑA.

Abundante surtido á precios muy arreglados.—Ocho años de existencia.—Deposito general, calle de Preciados, 6.



Recomendadas por las eminencias médicas de Europa, para combatir los padecimientos de la garganta, las anginas, el catarro, el catarro, las ulceraciones y las inflamaciones de la boca...



DE CH. FAVROT. Único poseedor de las Formulas auténticas. Para evitar las falsificaciones, exíjase el nombre y firma: CH. FAVROT.

de V. tranquilizar su conciencia de una manera, dijo Isabel. —¿Cómo, señora? —Dé V. cuatro mil reales á un establecimiento de beneficencia. —Es una idea noble y generosa, propia de un alma tan buena como la de V. —¿Qué mas puede V. hacer, no teniendo medios de restituir la cantidad á su verdadera dueña? —Es verdad. Lo haré así... y... ¿quiere V. prestarme el señalado favor de ser mi aliada en ese acto? —¿Cómo? —Haciendo que por mano de V. reciban los pobres esa cantidad. —¡Oh! no; eso, V. solo. —No debo insistir... Luna se despidió recomendando otra vez la famosa exposicion en favor de las monjas, y convencido de que aquella mujer sabía mucho mas que él, que no era rana. —El es, en efecto, pensó la presidenta, cuando se quedó sola, él es aquel mis rabiel... Es un maldado, mucho mas temible cuanto que se cubre con el manto de la hipocresía. Pero le culpo á él de un vicio que es el vicio de todo el mundo, el mio... ¡Ah! la sociedad es tal, que, si se quiere vivir en ella, es preciso hacerse hipócrita. Ese hombre sabe que yo era la que le entregó la carta, aunque yo o he negado. No sabe mas que eso de aquel triste incidente, pero ya es bastante para que tenga un arma contra mí. La maldad tiene siempre infinitos recursos. —¿Quién sabe qué circunstancias pueden sobrevenir en que pueda herirme mortalmente, sin mas que una palabra?... —¡Oh! ¡que habrá sido de Luis y de su madre?... Desde aquel día fatal en que un movimiento de mi conciencia me hizo subir la escalera que conducía á la miserable guardilla, no he sabido mas de Luis ni de su madre. Una mano misteriosa sacó á entrambos de allí. El día siguiente ya no estaban en la guardilla.

Y por mas pesquisas que he procurado hacer, nada, no sé nada. —¿Luis estaba moribundo? —¿Habrá muerto? —¿Habrá hecho Dios un milagro para salvarlo? —Y si ha muerto, ¿le habrá sobrevivido su madre? —¡Ah! aun recuerdo la indignacion, la ira de la ciega al reconocer mi voz. Quería ahogarme entre sus brazos. —¡Oh! una madre debe querer mucho á sus hijos. —¿Yo no he tenido madre? —¿Yo no he tenido hijos?... Y la bella y aristocrática señora escondió el rostro en sus manos, y así permaneció algunos momentos; pero pronto se levantó, alzó la cabeza erguida, se miró en el magnífico espejo de cuerpo entero y lanzando una carcajada exclamó: —¡Já! ¡já! ¡já! lejos de mí los tristes pensamientos. Yo no me pertenezco, pertenezco al mundo, á la sociedad. Y no debo mostrarle mi rostro pálido y mis ojos escaldados por el llanto. Debo presentarme con la mirada serena, la frente altiva y la risa en los labios. —No tengo madre, no tengo hijos! pero ocupó una gran posición, soy mujer de un Presidente del Consejo de ministros, soy una mujer cuya felicidad envidian todas las mujeres. Hagamos honor á mi felicidad, á mi fortuna. Y tiró de la campanilla. La doncella se presentó. —¡El cochel dijo la señora, y ven á ponerme el sombrero y los guantes. Vamos al paseo de todos los días, á excitar la envidia de las pobres chicas que van á pié, y de las mujeres casadas con los rivales políticos de mi marido. —¿Qué mundo! Volvió la doncella y empezó á arreglar el peinado de su señora, y le puso flores en la cabeza y le calzó los guantes perfumados. —Cada vez está V. E. mas hermosa, dijo la

doncella que sabía la manera de captarse la simpatía de su ama.—¿Cuántos se lo dirán á V. E.! —Todos, hija, y ya me fastidia. —Después de mirarse cien y cien veces al espejo, seió de la habitación hecha una reina. —¿Dónde está el coche? preguntó á la doncella. —En la puerta de la otra calle.

—Bien hecho; si salgo por la puerta principal me acosan los pobres y los pretendientes. En este Madrid todo el mundo pide. Bajó la escalera, y poco después atravesaba las calles de Madrid el magnífico coche de la Presidenta, llamando esta la atención de todo el mundo por su lujo y hermosura. El mundo no ve nunca mas que lo que le salta á la vista.

CAPITULO VII

doncella que sabía la manera de captarse la simpatía de su ama.—¿Cuántos se lo dirán á V. E.! —Todos, hija, y ya me fastidia. —Después de mirarse cien y cien veces al espejo, seió de la habitación hecha una reina. —¿Dónde está el coche? preguntó á la doncella. —En la puerta de la otra calle.